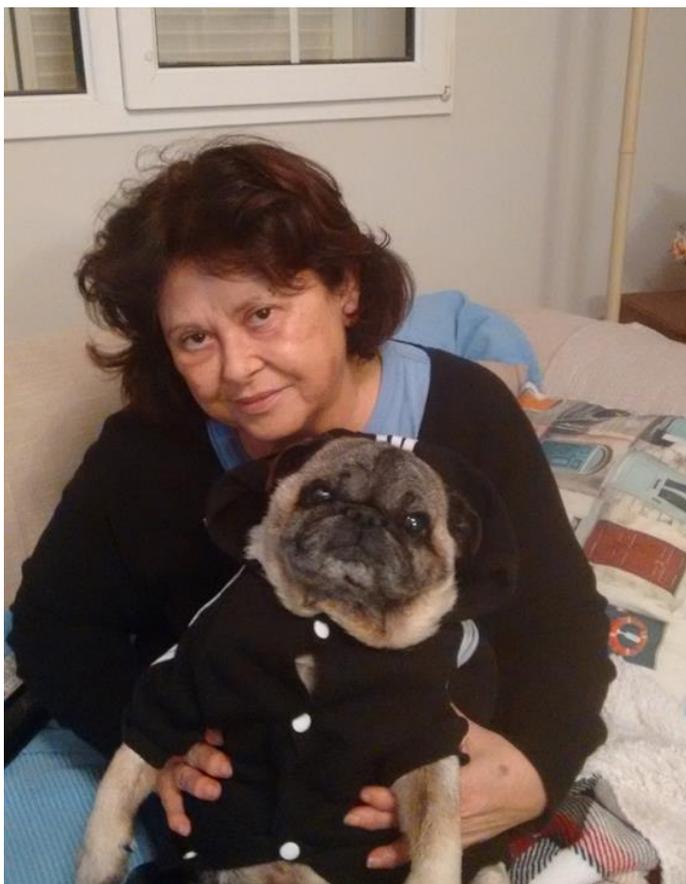


In Memoriam Amparo Gómez Rodríguez (1954 – 2018)



Hace ya más de 25 años, en una estancia académica en Nueva York, Amparo me contaba que de pequeña en las noches claras veía las luces de Santa Cruz a lo lejos desde la morra de Lomo de Mena en que pasó sus primeros años, y aspiraba a ir ese mundo lejano.

La niña chica, como entonces la llamaban, fue a Santa Cruz y mucho más lejos. Fue a Barcelona, a Cambridge, a Nueva York y a Londres, donde era Honorary Senior Research Fellow. Estas últimas semanas estaba además ilusionada con su probable nominación para miembro de la Academia Internacional de Filosofía de la Ciencia.

Voló muy lejos la niña chica antes de caer abatida a traición. Su vida fue una rebelión contra el destino que tenía asignado por género y condición social, contra aquello que a mediados de los años cincuenta había esperar para una humilde niña de familia campesina del sur de Tenerife.

La Filosofía fue la pasión de mi mujer. Quiso construir una habitación propia desde la que pensar el mundo, a la manera del ensayo de Virginia Wolf que tanto admiraba. En esa habitación propia había además sitio para otras personas: sus hermanos, sus sobrinos, pero sobre todo hubo un hueco para mí a lo largo de casi 34 años.

Desde esa habitación propia pensó, investigó, escribió y enseñó con ahínco y sin descanso. Puedo haber priorizado otras cosas; puedo haberlo hecho de otra

manera. Pero el gran mérito de Amparo es que vivió la vida que ella escogió vivir, y no la de que otros, muchos veces también yo, queríamos que viviera.

Mantuvo su primera batalla contra la muerte en forma de virulento cáncer cuando todavía no había cumplido los treinta. Y venció; con cicatrices, pero escapó. Ayer su corazón no resistió un segundo ataque artero, sin sentido y sobre todo extemporáneo, porque todavía no tocaba. Eso sí, murió como era propio en ella, con las botas puestas.

Mi vida, qué vacía dejás la habitación. Adiós, amor mío.

Toni Canales

Quisiera hacer de mis palabras hilos,
hilos suaves y sedosos que tuvieran la tersura
quedada de la arena, la calidez indescifrable de la luz
y la inefable textura de la espuma;
hilos con los que tejerte un regazo azul de aguamarina
donde acunar el horizonte cercano del sosiego y del
latido;
hilos para desvestir la premura de tus manos;
hilos con los que descalzarte del cansancio de las horas
gastadas sin silencio.

Quisiera tejer una cuerda sonora
con la que columpiame hasta ti misma:
raptarte de tus vértigos, deslizar la claridad
por el abismo de tus parpados
y arribarte como labio a la embriaguez de la dulzura

Margarita Santana de la Cruz (Profesora de Filosofía;
compañera y amiga)

Ella era todas las flores que crecían en jardines áridos.

Ella sonaba

y reía, en cualquier estación del año.

Ella pintaba de colores todas las mañanas
con su café.

Ella es luz

y paz,

besos en la frente

y un terremoto.

Ella incendiaba los pasillos,

enternecía miradas,

era la ruta

y los pasos.

Todo su amor

no se mide

se siente

y ya no podremos quebrarnos en más pedazos.

Te quiero sin remedio

y sin cesar

a pesar de que tu puerta se haya cerrado por última vez.

Thais Rivero (Estudiante de Filosofía: alumna de
Amparo)